

Cómo ALBURY afrontó el primer perro

Pensaba yo: ¿voy a tener miedo de un perro? Era, en la noche, como una manchita blanca que corría hacia mí y hacia ti, Nuofia, ladrando como un endemoniado. Su voz me parecía por momentos terrible como la de un tigre, por momentos fina como la de un ratón, y no podía decir: es gordo, tengo que huir; ni: es tan pequeño que una simple patada lo mandará al país de sus antepasados. Además un perro pequeño puede tener una voz terrible, y uno gordo una voz muy fina. Pero la manchita blanca seguía corriendo, y no sabía decidirme entre huir y afrontarla; me quedé mirando, me quedé pensando, pues el viento se había levantado de nuevo y yo estaba contigo, Nuofia, en mi corazón. Entonces se hizo tarde para huir, y conocí al fin la talla y la fuerza de mi enemigo.

Cuando estuvo frente a mí, que su aliento tan rápido y breve, se opuso, en mis oídos, al largo soplo del viento, cuando nos medimos, al fin, con la mirada, comprobé que era pequeño, pequeño como un escorpión, la manchita blanca no había crecido desde el horizonte donde la veía correr hacia nosotros. Había tanta sangre en sus ojos, y su aliento iba tan aprisa, que se me quitaron hasta las ganas de mandarlo, de una patada, al minúsculo país de sus minúsculos antepasados; me hacía reír por que no le quedaba ni un solo pelo asentado, y le pregunté: ¿eso es todo lo que sabes poner tieso, Tubab?

Pero iba a tirarse encima de mí y apenas tuve tiempo de pensar: ¿me va a morder el dedo gordo o escogerá el muslo? pensé: ¡vaya y donde la vas a ir a diñar, cachorro! Pero menosprecié, sin razón, la fuerza de sus patas y de su maldad, pues de un salto se tiró a mi cabeza y fue mi cabeza lo que mordió y arañó con sus colmillos y sus uñas; aspiraba la sangre y escarbaba, hundía tan profundamente su hocico y sus patas en los pelos y en el pellejo y en los huesos de mi cabeza, que a duras penas pude arrancarlo antes de aplastarlo, como a una pulga que tardas en encontrar.

Y es entonces cuando te lo mostré, Nuofia, alma mía, padre, hermano e hijo de mi raza. Tendí la mano hacia ti y ahora puedes ver en mi mano este primer cadáver; pues traeré para ti, Nuofia, concebido en el desierto y muerto en el desierto, traeré un segundo y otros más; pues pertenece a todos los muertos de mi raza la muerte del tubab y de todo lo que es suyo, sus mujeres, sus criados, sus propiedades y sus perros. Xac bi déllul si xac yi!

Mi empresa, por HORN

Mi verdadera familia, si hace falta una, es ella. Mi buena y vieja Casa, desde el tiempo que hace que trabajo para ella, ¡Dios mío, cómo me conoce ya! Mientras que yo, no he terminado de conocerla todavía. Sin embargo sé que, si hay una pega, ahí está ella, tendrían que verla. No sé, por cierto, cómo hacen: Dios santo, tan extendida como está por el mundo entero, con obras por todas partes, en África, en Asia, en Oriente Medio, en América, con tantísimos hombres como maneja, pues ya ve, es cómo si fuera uno siempre el único del que tiene

que ocuparse. ¡Tiene que haber ahí unas cabezas, de aquí te espero, qué cabezas, Dios santo! No quisiera saber quién dirige todo eso. Prefiero verlo por cachitos, aquí y allá, trozo por trozo. Pero la cabeza, la de verdad, la que dirige todo, en París o vete tú a saber dónde, prefiero no tener que vérmelas con ella, porque cuando quiera atizar, atizará bien, santo cielo. A veces pienso en eso, no muy a menudo, pero a veces. Y me digo que una cabeza como ésa... Yo no tengo miedo de los hombres, no tengo miedo de las rebeliones, ni miedo de las bestias salvajes; ni siquiera la guerra me preocupa: remamos todos en la misma galera; en la guerra corres la misma suerte que los demás. Pero no hay suerte que valga contra una cabeza que tiene miles de obras en su cabeza, regadas por todo el mundo, y en cada una, cada máquina, cada camión, cada céntimo, cada hombre como si fueras el único, y hasta la botella de whisky que está ahí y que ella sabe que está ahí y hasta el cigarro que me fumo y que ella sabe que me lo fumo. De eso, es de lo único, a veces, cuando lo pienso..., de eso, cielos santos, podría yo tener miedo.

HORN y los obreros

Créame, señor Albury, los burgueses nunca me han gustado. Como ve, yo, señor mío, soy un prole, un prole de verdad, más que usted, seguro, porque yo no tengo familia, no señor, y he trabajado desde pequeño. ¿Cómo podrían gustarme los burgueses? Es que ni todos juntos ni uno por uno; en eso puede fiarse de mí. Pero con los proles es igual, vamos que tampoco me gustan - uno por uno quiero decir. Lo cual significa que finalmente, por separado, no me gusta nadie. Yo he conocido a bastante gente; y un prole apesta, eso es todo lo que sé; y ya puede ser blanco o negro o viejo o joven, no hago la

**Anotaciones
sobre**

**COMBATE
DE NEGRO Y DE PERROS**

diferencia. Tengo derecho a decir eso porque yo fui uno, y uno de verdad. Apesta y no me gusta ese olor, aunque sea el mío. Prefiero el olor de las máquinas o de la grasa de motor.

Proles he conocido más de la cuenta, pero no hay ninguno que valga una perra, y ya ve eso no me ha impedido luchar contra el burgués y estar en el sindicato, pero yo me cago en el prole.

Esos críos de dieciséis años en la puerta de la fábrica... ¿sabe usted lo que me hicieron pasar a los dieciséis años?

Durantes los tres primeros meses, me daban una pieza de fundición, así de espesa, señor Albury, ha trabajado usted alguna vez la fundición? Me decían : aplástala. No era el jefe quien me lo decía, ¿eh?, no era el burgués, no; a él eso le importa un carajo. No, era un prole el que me decía : aplástala. Y cuando había golpeado a más no poder, sudado a más no poder, y que estaba así de lisa, y más fina que mi dedo... la tiraba a la chatarra, señor mío, y me daba otra y a cerrar el pico. ¿Todo eso para qué? Para machacar al obrero; así es como hablan, sí : machacar al obrero. Los obreros se machacan entre ellos con el fin de parecerse. Un prole solo, es tan vicioso como un jefe; pero sin la riqueza, lo cual es todavía más repugnante, sobre todo más imperdonable.

gustaba la ropa bonita; pues va él y le compra toda la ropa de mujer al único comerciante que pasa cada seis meses; hace un montón muy grande y lo quema en medio de la plaza: ¡ahora, a ver cómo te vistes!... Me acuerdo también de otro que, durante cuatro buenos meses al año, se emborrachaba y emborrachaba, a su costa, a quien quisiera, hasta que volara todo su dinero. Al final, él mismo voló, porque ganaba demasiado. En eso y en eso sólo merece la pena gastarse el dinero.

La casa de campo, sueño de los colonos, según HORN.

Todos sueñan con Francia, pero todos se quedan. Todos hablan de casa de campo francesa, y hacen planes durante años, pero ni aun poniéndose entre dos, se conseguiría moverlos de aquí. Se quejan, por supuesto, se quejan; pero yo sé muy bien una cosa: que donde hay dinero, no hay patada en el culo que consiga mover a nadie que se haya hecho un buen hueco, y que le haya cogido el gusto. Y en África, dinero, hay. Por eso, ni de su campo, ni de su Francia, he recibido yo todavía ninguna postal de parte de ninguno de esos soñadores.

CAL: una pesadilla más.

Aquí, el sexo ocupa todo el sitio; en África, todo está absolutamente concentrado en los órganos de reproducción. Mira los huesos de aguacate, mira cualquier fruta, cualquier planta; es terrible; yo encuentro eso muy inquietante.

Sepulturas de obreros.

Las mujeres, a escondidas, cubren los cuerpos de los obreros muertos con ramas y palmas, para protegerlos del sol y de los buitres. Durante el día, con la actividad de la obra, los camiones pasan por encima, y cuando llega la noche, las mujeres vuelven a poner hojas y palmas nuevas. Al cabo de unos días, se forman unos montículos de ramajes y de carne mezclados, que se funden con la tierra progresivamente.

LIONA

A su llegada - al bajar del avión; mientras que sobre su rostro se depositan filamentos de telas de araña y, sobre sus espaldas, un calor espeso como el barro; al ver el cielo sin sol y sin nubes, un vuelo de águilas serpenteando; al ver, sobre un río, un grupo de gavilanes negros posados sobre un cuerpo hinchado, obeso, blanco ya de tan descompuesto, y que flota suavemente- con la mano en la boca, sofocando un grito :

¡Uy, qué granito de arena que somos!

LIONA ve a alguien bajo la buganvilla

Se me ocurre un proyecto para usted, ¡pero frágil! no se mueva, déjeme a mí, lo tengo todo visto. Cojo todas las medidas sin molestar, coso a toda velocidad, bordo en un santiamén. Este negro, lo quiero yo vestir, esta sombra la quiero yo alumbrar;

déme, por sólo un segundo, su inmovilidad. Quisiera juntar esos trocitos de malva, turquesa, violeta, esas florecitas de carmin, cinabrio, rojo, y coserlo todo a mano. Lo cortaré con forma, manga al biés y entallado; eso te lo hilvano yo todo del cuello a la cintura, te hago los calados y los flecos; te lo cubro de nido de abejas, los hombros a punto de araña, el cuello a punto de festón, te drapeo a punto diablo; quiero envolvarte con mis frivolidades y mis bordados de trencilla; quiero cubrirte, decorarte, sobrecargarte. ¡Negro, oh el más bello de todos los colores!, si me dejas, bordaré, sobre tu pecho, sobre un bolsillito violeta cosido a punto de espiga, sin molestarte, dulcemente, por amor, bordaré tu nombre, tu nombre, con punto de hilo dorado sobre ocre sombrío.

Madre de NUOFIA

La madre de Nuofia, cuando se le previno de la muerte de su hijo en la obra de los blancos, decidió, a pesar de las advertencias que le hicieron, arriesgarse hasta allí con el fin de poner ramas sobre el cuerpo, para protegerlo de los pájaros. Sin embargo, por precaución, se cubrió el rostro con pintura blanca para que la muerte, que rodaba por allí, no la reconociera como lo que era.

CAL, ensueños de un ingeniero insomne

Hay demasiadas noches, una cada veinticuatro horas, hagas lo que hagas; y demasiado largas, con todo lo que bulle ahí dentro y que no tiene nombre y que vive a sus anchas como nosotros a la luz del

día, en nuestro elemento natural; ellos es por la noche, escondidos detrás de los árboles, pegados a las paredes, escondidos tendidos en la hierba; en la cima de las palmeras, y, las noches sin luna, escondidos detrás a lo largo en lo alto y dentro de nada en absoluto, la noche es suficiente. Y ¿quién sabe el número, la talla, la intención y la meta de lo que en la noche se mueve o está inmóvil pero vive en su elemento natural? Es pues de día cuando hay que acechar, perseguir, atrapar, matar, destrozar, exterminar, reducir a polvo todo lo que se pueda reconocer como siendo una posible amenaza.

Coge en pleno mediodía a un bubú y córtalo en cuatro con un buen machete, y cada trozo en cuatro, lo que hace dieciséis trozos; antes de que sea de noche, mientras que están tranquilos, en cuatro otra vez, lo que hará sesenta y cuatro trozos de bubú inofensivos, y cada trozo córtalo bien en cuatro y en cuatro y en cuatro, y otra vez más hasta obtener dieciséis mil trescientos ochenta y cuatro trocitos bien negros, minúsculos y tranquilos; después dividiendo la tierra en otras tantas partes, entierra en cada una de ellas, bien profundo, cada pedacito negro. ¿Podré así, al fin, pensar de una vez en dormir?

Lo que yo creo, es que de cada una de las dieciséis mil trescientas ochenta y cuatro partes - cuatro a la séptima potencia - del mundo endormecido, renacerá un nuevo bubú entero, inmenso y fuerte, ¡el muy cerdo!, y más inquietante todavía; porque yo creo que es así como se reproducen.

¿Cuándo podré al fin dormir sin inquietud ni pesadillas?

LIONA :

A su llegada - en el coche que vino a buscarla al aeropuerto; mirando a los africanos, al pasar, al borde de la carretera, en los mercados, sentados delante de sus casas; los africanos ocupados, soñolientos, coléricos, risueños; mientras que a su lado, HORN se limpia la frente :

¡Es terrible como un rayito de sol le cambia a usted un hombre!

La obra, al resplandor de los relámpagos

Sobre un terreno sin límites, volcado - en el que las plantas sacan sus raíces hacia el cielo y entierran profundamente sus hojas - un cachorrillo blanco, muerto de miedo, corretea entre las patas de un búfalo enorme, que sopla y patea, en medio de efervescencias de barro humeante que burbujan entre los terrones de tierra.

Desprecio del dinero por parte de los antiguos colonos, según HORN

Los compañeros, los viejos, ellos sí que hacían con el dinero lo que había que hacer, maldita sea, ellos sí que sabían gastar! Me acuerdo de uno, en un cabaret de la ciudad, borracho perdido, que quiere comprar el piano; alarga el dinero; pero como la puerta era muy pequeña y no podía pasar, lo hace serrar por la mitad, saca todos los trozos y los tira al mar. O ese otro, que la mujer lo engañaba y a ella le

los mestizajes blanco y mujer, negro y rico, blanco y pobre, negro y macho, no son mejores, son mitad golpeador, mitad golpeado; se pasan la vida cortados por la mitad pegándose a sí mismos hasta no dejar ni rastro. ¡Qué me dicen de éstas a las que les toca el gordo y fabrican sin inmutarse un blanco, macho, y rico por si fuera poco!, o bien esas otras que cuidan y miman esa cosa increíble: mujer, negra y más pobre que una rata; pero ¿en qué estarán pensando? Son ellas, se lo digo yo, a las que habría que aplastar de un buen pisotón.

A propósito de los africanos, por HORN.

¿Quién se ganará África, los rusos o los americanos?, nadie lo sabe, ¿y a quién le interesa? A los africanos no, eso seguro. Y tienen razón. Los africanos tienen la mente sana, el cráneo virgen, todo lo que nos falta a nosotros. Me explico : ¿qué es lo que les hace reír a ellos, y que es lo que nos hace reír a nosotros? Pues, a mi parecer, es ese porqué reímos lo que nos permite medir el estado de salud de la mente. Y en Europa, ¿qué se necesita para hacer sonreír? chistes, alusiones, referencias, cosas muy complicadas que ya no estoy muy seguro de entender yo mismo... Mientras que los africanos, basta que se ponga a llover, tres gotas en la espalda y se parten de risa; las cosquillas, y ya está... Y si llueve a cántaros, se tiran por los suelos desternillándose. Eso es lo que yo llamo una mente clara, sana, virgen. En París, cuando llueve, como si nada. Por lo menos, habré aprendido de ellos esos placeres. Mi gran placer es mirarlos, por la mañana, al borde del río cuando se lavan, cuando, llenos de jabón de los pies a la cabeza, se tiran al agua, y... ver el agua que resbala sobre sus cuerpos, verlos salir, verlos reír tanto, yo tampoco puedo contenerme de reír y de encontrar placer en

ello; y me pregunto: ¿quién ganará, quién perderá África? Nadie lo sabe. Pero ellos no sufrirán jamás. Continuarán riendo, poniéndose en cuclillas al sol, a esperar. Yo he aprendido de ellos el placer de quedarme horas enteras sin hacer nada, sin pensar en nada, los ojos puestos en el vacío...

LIONA, una idea de las vidas sucesivas

Lo que yo creo, es que, en la primera vida, se tiene que ser un hombre, como Cal, un tipo horrible; esos hombres comprenden tan poca cosa, son tan bestias, ¡ay, tan cerrados, tan cortos, que por fuerza tienen que estar en su primerísima vida, los bandidos! Creo que, solamente después de muchas vidas de hombre, ridículas y tozudas, brutales y chillonas como son las vidas de los hombres, podrá nacer una mujer. Y solamente, sí, solamente después de muchas vidas de mujer, muchas aventuras inútiles, muchos sueños irrealizables, muchas muertes chiquitas, entonces solamente podrá nacer un negro, en cuya sangre corren más vidas y más muertes, más brutalidades y más fracasos, más lágrimas que en cualquier otra sangre.

Y yo, ¿cuántas veces tendré que morir aún, cuántos recuerdos y cuántas experiencias inútiles deberán todavía acumularse en mí?

Tiene que haber una vida que yo pueda vivir de verdad, ¿no?

Cuando me aproximé al cadáver, entonces lo miré bien; y vi que muerto, bien muerto y requetemuerto, ese cochino ¡todavía la tenía tiesa!

Tópicos sobre el hambre

HORN. Un negro nunca tiene hambre y nunca está harto; podrá comer poco o mucho, a cualquier hora del día o de la noche, o quedarse mucho tiempo sin comer. No hay que hacerse una opinión según nuestras costumbres europeas para comer; un negro no siente el hambre y la satisfacción como un europeo; come lo que hay y cuando hay. Y les aseguro que la más mínima parcela de lo que engulle, le aprovecha.

CAL. ¿Hambre, un bubú? Pero mírelos: ¡están todos el doble de grandes y de fuertes que nosotros!

¿En qué piensan las mujeres? se pregunta LIONA.

Cuando veo a un blanco y a un negro, hombre o mujer, a un rico y a un pobre, me digo: ¿en qué piensan las mujeres? Porque siempre ha habido una mujer para dar de mamar y oír berrear a uno y otro sin haber aplastado todo eso de un buen pisotón. Saben, sin embargo, las muy tozudas, que hagan lo uno o lo otro no hay salida : harán un golpeador o un golpeado; ¿cual vale más de los dos?, ¿me lo pueden ellas decir? Y sin embargo continúan fabricando de eso a tutiplen, sabiendo, las muy necias, que están alimentando golpeadores que las golpearán a ellas en primer lugar, o que los hacen crecer para que sean mejor golpeados. No me hablen tampoco de las combinaciones posibles, de

Los estados de ánimo de CAL

Cal no sufre jamás ni se siente jamás feliz. Sin embargo, por momentos se extiende ante él un paisaje tranquilo, grato, apacible, por momentos el universo le parece un cortejo de tierras desoladas, sometidas a los ataques del calor y de odiosas tempestades.

Visión del alba

Por encima de la colonia y de la ciudad, una niebla espesa y coloreada, producida por la evaporación de los sueños de toda una noche que se mezclan por encima de los tejados, por el alcohol y los resentimientos, cocidos y volatilizados a través de los poros de la piel, por las respiraciones de las gentes adormecidas, por el calor de los hombres.

CAL :

Dos pliegues, tan sumamente ligeros que parecen dos huellas de dedos sucios, parten de la extremidad exterior de cada ojo hasta el hueco de la mejilla; luego, muy profundamente, casi un hoyuelo vertical, cerca de los labios, del lado derecho, una arruga.

En su fuero interno: un gran pájaro verde sobre la pradera, que tiene un cachorro con ojos de mujer entre sus garras y su jadeo muy cerca de la oreja.

LIONA :

Una alrededor de cada ojo, dos arrugas solamente, dos círculos iguales, perfectos.

En su fuero interno: de la edad en la que es difícil decir si es niño o niña, un crío, acostado en la hierba, llevando sobre el rostro y en cada rincón del cuerpo una tristeza mucho más antigua que él.

HORN :

A los árboles, se les lee la edad al cortarlos; a él también, contando alrededor de sus ojos y de su boca, sus arrugas lentamente acumuladas, en aluviones.

En su fuero interno: una vieja desconocida, toda vestida de negro, el rostro ensombrecido, que viene puntualmente, cada noche, a sentarse a su lado, hasta la mañana, sin una palabra, sin un ruido; no la conoce, podría jurarlo.